

Andrea Abreu, *Panza de burro*, Sevilla, Barrett, 2020, 172 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.13.2022.762-764>.

«Dios lo guarde y lo bendiga de los pies a la barriga. De los pies a la barriga y de ahí parriba nada, pensaba yo». Si solo conocemos hasta la barriga, habrá que empezar a contar por ahí. Algo así debió de pensar Andrea Abreu cuando se planteó la escritura de *Panza de burro*. Una historia de verano en la que un retrato infantil se convierte en la descripción de una miseria. Pacífica en apariencia, pero que es «la cotidiana humillación de las mayorías».¹

No empezaré por el principio porque no es un libro convencional. Hay libros que se devoran con los ojos, pero este está hecho para olerse. No se compone de descripciones sino de voces, de lagartos, de picores y de cosas que apestan. Todo ello arranca desde uno de los rasgos distintivos del texto: se habla. La manera en que rompe las reglas del lenguaje escrito nos lleva a algo más ancestral, que es la oralidad. La misma que reproduce con una fidelidad que nos hace sentir como si hubiéramos vivido ahí dentro entonces. Este es un ritmo que no nos abandonará en la lectura.

Y es que para una generación, el libro nos habla. Para quienes crecimos con el «mésinye» y, sin embargo, lejos del archipiélago canario, *Panza de burro* nos sitúa en una tensión: aquella que nos dice que hemos compartido algo a pesar de las distancias y a pesar de que nuestro vocabulario fue distinto. Tal vez no es la misma narración, tampoco las mismas voces. Ni siquiera las mismas vivencias ni olores. Pero eso nos sitúa en un mundo globalizado donde las tecnologías de la comunicación empezaban a hacer estragos (no hay que ser dramáticos con esto) y donde la particularidad de las infancias empezaba a entrar en algo común que venía de más allá del mar. Andrea Abreu ha descrito, en cierto modo, la infancia de una época: ha abordado ese tiempo en el que el código se comparte a pesar de no comprender *ni un fisquito* ese vocabulario. *Panza de burro* sitúa así la tensión entre el mar de la globalidad y la *tierrina* (como decimos en Asturias) que pisamos.

Pero esta tirantez no es pura retórica teórica. Se vive, se saborea, se indigesta. Eso sí, tanto como el mundo. Antes mencioné la «cotidiana humillación de las mayorías», y es preciso señalar (Andrea lo deja claro) que estas mayorías están lejos de ser unánimes. La única univocidad es la

¹ Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América latina*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2003.

violencia, pero esta se dice de muchas maneras: desde la pulsión trans de Juanita Banana, la depresión de caballo que arrastra Isora o la pobreza que se vive desde un boom del ladrillo que deja cadáveres emocionales y de cemento y familias desestructuradas. Hasta la salud mental que deja de serlo en el desenlace y se atraviesa por la constante violencia sobre las mujeres. La vivencia de la violencia es constante, pero en cada situación es única, particular y singular. Es cotidiano: tú y yo estamos en el mismo barco pero nuestros boquetes son distintos.

Y sin embargo, como novela ambientada en un lugar donde la miseria habita en las chabolas de un barranco bello, es un libro de lo marginal. Desde la periferia, desde el segundo sexo, desde la identidad negada, desde la pobreza, desde la clase obrera, desde para quienes el turismo es servidumbre, desde el lugar que es visto por su sol a pesar de que lo tapan sus nubes. Y empieza por la voz de quienes por etimología no tienen voz.

Panza de burro narra un verano de dos niñas de diez años. Edad poco azarosa, tiempo donde los ritmos cambian y donde la infancia empieza a olvidarse. El nuevo lugar puede ser de todo, incluso la sordidez, aunque no se perciba. La experiencia es la de principios de la década de los 2000: cuando *España iba bien* ladrillazo mediante, las TIC entraban en la experiencia cotidiana y la familia desestructurada podía simular que seguía adelante sin problemas. A través de esta experiencia infantil, y por tanto lejana, Andrea Abreu nos cuenta todo aquello que se calla: el picor en el culo, la tierra que se pega al sudor, el olor de la sangre menstrual o el trauma de la violación.

Incluso si no hubiera más discriminación contra la que luchar, al feminismo todavía quedaría agradecerle que haya puesto el foco en el cuerpo. No sólo en la normatividad bella, sino también en aquello que repuna. El feminismo nos recuerda que se vive y se piensa desde lo que se come y se caga. *Panza de burro* no nos recuerda nada de esto. Nos hace vivirlo. Desde esta coordenada insiste en repudiar el orden civilizado adulto. La violencia es cotidiana, las frases son largas y a veces inconexas, no hay tabúes para hablar de mocos ni de caca ni de esto me duele. No es el lenguaje de la razón, pues no hay bendición divina que nos la garantice. No ha lugar a teología, pues las buenas palabras son sólo un rito de subsistencia que lo más parriba que llegan es a la barriga y por ello hay incluso que dar gracias.

Panza de burro nos propone entonces una narrativa distinta. La bendición de abuela no es incompleta. Pensar desde la barriga no es un límite, sino una certeza a digerir: que desde el vientre pensamos, desde la barriga razonamos, con ella comparamos e intestinalmente conocemos el mundo. Todo lo demás es colonialidad.

ILLÁN HEVIA GAGO
Universidad de Oviedo (España)
ilhegal@hotmail.es